

del Consejo áulico del Imperio conde de Zollern, el canciller bohemio Lobkowitz y otras ilustres personalidades. Por el camino encontré en Salzburg desagradablemente sorprendido con la presencia de un embajador del rey Jacobo de Inglaterra, lord Doncaster, que en aquella ocasion tan poco oportuna para ello propúsole la mediacion de su soberano para terminar la lucha de Bohemia. Pocos meses antes Fernando hubiérase considerado muy satisfecho con este ofrecimiento del monarca inglés; pero entonces, cuando le llegaban de Bohemia noticias muy favorables y cuando en todas partes estaban dispuestas á acudir en su auxilio las tropas para él reclutadas, tal proposicion le molestaba tanto mas cuanto que la dieta electoral estaba próxima á inaugurarse y no podia perder tiempo. Por estas razones hizo al embajador grandes protestas de cortesía y de gratitud por la buena intencion del rey, pero no prometió aceptar la mediacion con que se le brindaba, hecho lo cual prosiguió apresuradamente su viaje á fin de encontrarse oportunamente en Francfort, adonde llegó el día 28 de julio.

La dieta de electores estaba ya reunida y habia celebrado algunas sesiones. El elector del Palatinado habia intentado en vano negociar con el arzobispo de Maguncia, con Sajonia y con Brandeburgo el aplazamiento de la dieta electoral y nadie se habia mostrado dispuesto á aceptar su proposicion de que antes de procederse á la eleccion de emperador se reuniese una dieta de electores para discutir la cuestion bohemía. En cambio, por un tratado firmado en Lichtenburg con el Palatinado electoral, habíase comprometido Brandeburgo á no votar á Fernando y á proceder de acuerdo con aquel en todo cuanto á la eleccion se refiriera.

Solo los tres electores eclesiásticos acudieron personalmente á Francfort; los tres laicos se contentaron con enviar allí á sus embajadores. La primera sesion, que fué propiamente preparatoria, celebróse el día 26 de julio, y en la segunda, celebrada el día 28, presentóse al colegio de electores una cuestion difícil, relacionada con el conflicto bohemio. Los delegados de los Estados bohemios que habian llegado á Francfort negaban á Fernando el derecho de emitir los votos de Bohemia y exigian para sí los derechos de aquel electorado; el Consejo municipal, á quien los delegados pidieron permiso para entrar en el edificio en donde la dieta se celebraba, no quiso resolver nada por sí mismo y sometió el asunto á la decision del Colegio electoral; los electores laicos, ajustando su conducta á la del Palatinado, abogaron porque se dejara entrar á los embajadores bohemios, diciendo que cuando menos se les debia oír; los eclesiásticos, por el contrario, opinaban que el derecho electoral de Fernando como legítimo rey de Bohemia no podia ser puesto en duda y que por lo tanto consentir en que entraran los emisarios bohemios era perfectamente ocioso y por añadidura perjudicial, por cuanto la presencia de aquellos solo podia ser un estorbo á las discusiones electorales. El elector de Maguncia, sabedor de que Fernando llegaria aquel día mismo á Francfort, no quiso que se votara aquel asunto en aquella sesion: de haberse votado habria resultado empate. Este incidente hubiera, sin embargo, podido ser fácilmente funesto para la buena marcha del asunto principal, si los tres electores laicos se hubiesen mantenido firmes en su resolucion, pues en aquella circunstancia se evidenció el peligro que consigo trafa la elevacion de Fernando al sòlio imperial. Aquellos electores podian con razon hacer ver claramente que el Imperio seria arrastrado á las luchas de Fernando en los territorios hereditarios é insistir en la idea propuesta por el Palatinado electoral de que antes de proceder á la eleccion era preciso resolver el conflicto bohemio. De haberse hecho

así habríanse evitado muchas calamidades, pues por el solo hecho de ser nombrado emperador Fernando y de utilizar este tal situacion para vencer y decretar la proscripcion del Imperio contra el elector del Palatinado que habia aceptado la corona bohemía, el conflicto bohemio-habsbúrgico, en un principio puramente local, se convirtió primero en una guerra del Imperio y despues en una guerra europea. Estaban sobradamente justificados los temores de los electores protestantes laicos; pero estos perdieron su fuerza por la seguridad en que todos estaban de que la Sajonia electoral daria en definitiva su voto á Fernando á pesar de que su embajador estaba por de pronto de acuerdo con el Palatinado y con Brandeburgo.

En la tarde del 28 de julio Fernando, acompañado de un séquito de 800 personas, hizo su entrada en Francfort, en una de cuyas puertas prodújose un violento conflicto entre las tropas maguntinas que salian á recibirle y los soldados de la guarnicion de la ciudad. Dominada felizmente la colision, pudo observarse al paso de Fernando la hostilidad que hácia él sentia toda la poblacion. Los debates del Colegio de electores no adelantaron en un principio: en la tercera sesion, que se celebró el día 30 de julio y á la cual no asistió Fernando por no estar resuelta todavia la cuestion bohemía, no hubo tampoco sobre esta acuerdo de mayoría, pues continuaban los tres electores laicos votando por un lado y los tres eclesiásticos por otro. Aumentaba la dificultad de la situacion la exigencia de Fernando, que imponia como condicion para toda negociacion que se le tratara á él como á rey de Bohemia y á los Estados como á súbditos suyos. Con esto estaban en el fondo conformes los electores eclesiásticos, los cuales declaraban que el derecho de Fernando á la corona bohemía era indiscutible y, si bien proponian una *interposicion* del Colegio de electores en la cuestion bohemía, pedian que antes de tratarse de ella se verificara la eleccion imperial. La cuestion, pues, quedó en definitiva reducida á resolver si la interposicion seria antes ó despues de la eleccion, lo cual era de importancia decisiva no solo para el protestantismo, sino para todo el Imperio. Los embajadores del Palatinado insistian en que se discutiera la interposicion desde luego, opinando como ellos los brandeburgueses; en cambio los sajones manifestaron que, no teniendo instruccion alguna sobre este punto, les era preciso consultar con sus comitentes. Los electores eclesiásticos aconsejaron entonces á los embajadores palatinos y brandeburgueses que pidieran instrucciones á sus electores y se mostraron dispuestos á suspender los debates ocho ó diez dias, es decir, hasta tanto que recibieran las respuestas de aquellos. De nuevo la solucion de una cuestion importante dependía de Juan Jorge de Sajonia: si este perseveraba en la actitud hasta entonces adoptada y permanecia unido á sus correligionarios del Colegio de electores, la eleccion de Fernando quedaba cuando menos aplazada indefinidamente y quizás dudosa para siempre, y de todos modos hubiéranse roto sus relaciones de intimidad con el partido católico. Pero Juan Jorge no quiso obrar así, y aun antes de que llegara á Dresde Cristóbal de Dohna, el embajador que le enviaba el Palatinado para inducirle á mantenerse en su actitud, habia resuelto ordenar á sus embajadores que se unieran á los electores eclesiásticos. Un nuevo desengaño esperaba aun al Palatinado. En aquel momento decisivo Brandeburgo le volvió la espalda y se desentendió del tratado de Lichtenburg pretextando que los trabajos del Palatinado para conquistar á Maximiliano de Baviera los sufragios de Sajonia, Colonia y Tréveris habian fracasado y que Fernando contaba ya con cuatro votos además del suyo propio.

Con esto podia darse por resuelta la eleccion, y como Sa-

jonía y Brandeburgo abandonaron la oposicion que hasta entonces habian hecho, se acordó desde luego no permitir á los embajadores bohemios que se dirigiesen á Praga. Todos los electores, incluso los católicos, persistieron entonces mas firmemente que nunca en la idea de que por lo menos despues de la eleccion debia intentarse un arreglo por parte de todo el Colegio electoral, y sobre este particular exigieron

una formal promesa de Fernando, el cual se manifestó en general dispuesto á ello, pero pidió que en la interposicion interviniera además de los electores el duque Maximiliano de Baviera. Negóse á ello el elector de Tréveris, que era quien llevaba estas negociaciones con Fernando, diciendo que, de accederse á tal pretension, el Palatinado exigiria naturalmente la asistencia de otro protestante, y reclamó enér-



Bethlen Gabor. Facsimile reducido de un grabado anónimo de la época

gicamente una pronta resolucion porque era preciso que antes de la eleccion quedara aclarado este punto. En su consecuencia, Fernando preguntó á Maximiliano si estaba conforme con que renunciara á su intervencion en la interposicion, á lo cual contestó afirmativamente el duque, quien no tenia el menor deseo, antes al contrario, de tomar parte en las tentativas conciliadoras. Fernando declaró entonces por escrito que accedia á la interposicion que habia de comenzar el día 10 de noviembre.

Pocas dificultades ofreció despues de esto determinar la capitulacion electoral, para la que sirvió de base la del emperador Matías, siendo desechadas las reformas que en la misma propuso el Palatinado. La fecha de la eleccion quedó fijada para el 28 de agosto. En este día los electores presentes y los embajadores y consejeros de los ausentes se trasladaron en procesion solemne desde el *Romer* (Casa

consistorial) á la iglesia de San Bartolomé, en donde el arzobispo celebró un oficio, terminado el cual retiráronse los electores á la inmediata capilla de las elecciones. El elector de Maguncia preguntó primero al elector de Tréveris y luego al de Colonia á quién daban sus votos: ambos votaron por Fernando, y seguidamente hubieran votado por él los demás si el elector de Maguncia no se hubiese dirigido «inadvertidamente» al representante del elector del Palatinado. Este declaró que su elector le habia dado el voto escrito, y diciendo esto desdobló un papel en el cual el palatino, despues de una detallada exposicion de motivos, daba su voto en primer término á Maximiliano de Baviera, autorizando sin embargo á su embajador para que no se opusiera á la mayoría si esta otorgaba sus sufragios á Fernando; y como en favor de este votaron uno tras otro los demás electores, la eleccion pudo considerarse como hecha por unanimidad. La

política del Palatinado electoral quedaba vencida en toda la línea, y aun cabía decir que en definitiva había contribuido á poner la corona imperial en las sienes del peor adversario del protestantismo. La suerte estaba echada y los destinos del Imperio germánico decididos para muchos años: las riendas del gobierno estaban en manos del hombre que no sólo se encontraba en guerra con sus súbditos protestantes, sino que además consideraba como misión suprema de su existencia la lucha contra toda herejía.

REINADO EFÍMERO DE FEDERICO V DEL PALATINADO

Casi en el mismo momento en que Fernando era elegido en Francfort del Mein emperador de Alemania, sus súbditos rebeldes arrebatábanle la corona real de Bohemia. En la die-



*Tropas de la guerra de Treinta años: 1, lancero.
(Facsimile de un grabado de la obra *El arte de la guerra á caballo*, de J. J. Wallhausen, ilustre coronel, mariscal de logis en Dantzig y capitán. Francfort en el Mein, 1616.)

ta general de los territorios bohemios de la corona, que estaba reunida en Praga desde el día 8 de julio, se manifestó desde un principio resueltamente la intención de separarse definitivamente de Fernando y de la casa de Habsburgo, pues durante los últimos diez años la experiencia había demostrado con sobrada frecuencia que, á pesar de todos los privilegios solemnes, no lograrían jamás los protestantes bajo la soberanía de aquellos la libertad religiosa. En su consecuencia, despues que los Estados, tras largas y difíciles discusiones, llevaron á cabo una revision radical de toda la constitucion que en su esencia estaba inspirada por un espíritu de gran independencia para los distintos territorios de la corona, los bohemios trataron sin pérdida de momento del paso último y decisivo que debían dar, y que no era otro que la destitucion formal de Fernando. Este paso se dió aunque no sin resistencia por parte de algunos Estados, pues en cuanto se trató de poner en práctica el plan durante tanto tiempo acariciado, algunos elementos moderados y prudentes vieron claramente la magnitud del peligro que aquella resolucion extrema entrañaba. Quizás esta no se hubiera tomado si en Bohemia se hubiese sabido con certeza que en el momento mismo en que de esta cuestion se trataba estaba perfectamente asegurada en Francfort la eleccion de Fernando como emperador; pero la mayoría de los reunidos en Praga esperaba todavía que la política del Palatinado electo-

ral conseguiría evitar tal eleccion, y así fué que en el curso de los debates los silesianos y los lusacios se pusieron desde luego al lado de los bohemios, que trabajaban por la destitucion. Unicamente los diputados moravos se opusieron á ella, declarando que necesitaban ante todo instrucciones de sus Estados. Estos vacilaron algun tiempo á consecuencia de la incursion de Dampierre en Moravia y de los trabajos de Zierotin y Dietrichstein, pero al fin en la dieta inaugurada el 7 de agosto en Brunn se manifestaron prontos á permanecer unidos á los bohemios aun en esta cuestion decisiva. En virtud de esto, la dieta bohemia de Praga votó unánimemente la destitucion de Fernando (19 de agosto) y en los dias siguientes adhirióse á este voto los diputados silesianos, lusacios y moravos.

Resuelta esta cuestion, ofrecíase otra no menos importante como era la de resolver á quién se elegiría rey de Bohemia en sustitucion de Fernando. No era muy segura en un principio la eleccion del elector del Palatinado con quien se habian entablado desde hacia tiempo negociaciones sobre este particular; por el contrario, existía entre los Estados un partido que habria preferido al elector de Sajonia si este hubiese querido aceptar la corona. Este partido, á pesar de la actitud de Juan Jorge contraria á sus deseos, contaba en la opinion pública con un apoyo mucho más firme que los que trabajaban por la candidatura del conde palatino. El día 25 todavía tenia el embajador sajón en Praga la seguridad de que seria elegido su soberano. Además de este habia otro candidato, el duque Carlos Manuel de Saboya, el cual en sus negociaciones con el Palatinado electoral habia durante algun tiempo exigido resueltamente que se le eligiera rey de Bohemia. Pero la gran influencia de Ruppa, de Thurn y de Hohenlohe, que estaban al frente del partido del Palatinado, inclinó en definitiva la balanza en favor del conde palatino, que el día 26 de agosto fué elegido rey de Bohemia, primero por la dieta bohemia y despues por los diputados de todos los territorios de la corona. En la votacion definitiva el elector de Sajonia solo obtuvo unos pocos votos. El día 27 se anunció á la poblacion de Praga la eleccion verificada, proclamándose solemnemente al nuevo rey entre salvas de artillería. La cuestion estaba entonces en saber si el elector del Palatinado se decidiria á aceptar tan peligroso obsequio.

Por aquellos dias estaba el jóven elector con el príncipe Cristian de Anhalt en Amberg, desde donde seguía con impaciente angustia el curso de la dieta de Praga, temiendo por el resultado de la eleccion que él hubiera querido retardar hasta haber nuevamente recibido consejo de su suegro, para lo cual habia hecho suplicar á los directores bohemios por conducto de Achaz de Dohna que aplazaran la destitucion de Fernando y la eleccion de un nuevo rey. Los directores se negaron á acceder á esta súplica temerosos de que, si Fernando resultaba elegido emperador, la poblacion de Praga se opusiera á su destitucion. Consumada su eleccion, Federico vióse, como en las anteriores fases del asunto, atormentado por terribles dudas, y el príncipe Cristian de Anhalt hubo de apelar á toda su elocuencia persuasiva para inducirle á aceptar la corona. «Sentaos en el trono — le decia, — que una vez esteis en él ¿quién os arrojará de aquel puesto?» Pero los temores del conde palatino no se desvanecían, y aun despues que declaró á Cristian estar en principio dispuesto á aceptar la corona quiso aplazar toda decision definitiva hasta tanto que, no habiendo aun recibido consejo alguno de su suegro, se hubiese asegurado, para un caso de necesidad, por lo menos el auxilio de la Union.

A este fin invitó á los jefes de la misma y á una porcion de príncipes protestantes á una asamblea que se reunió en Rothenburg del Tauber. Los acuerdos que en ella se toma-

ron no eran muy á propósito para hacerle aceptar una eleccion que le obligaba á entablar una lucha de vida ó muerte con Fernando; pues si bien los miembros de la Union le aconsejaron que admitiera la corona porque ello redundaba en gran ventaja del protestantismo, no quisieron tomar un acuerdo que habria permitido al elector confiar en un vigoroso auxilio, y lo mas que hicieron, accediendo á una proposicion del de Anhalt, fué, segun parece, obligarse á ayudar al conde palatino en el caso de que por haber aceptado la corona se viera atacado en sus territorios hereditarios.

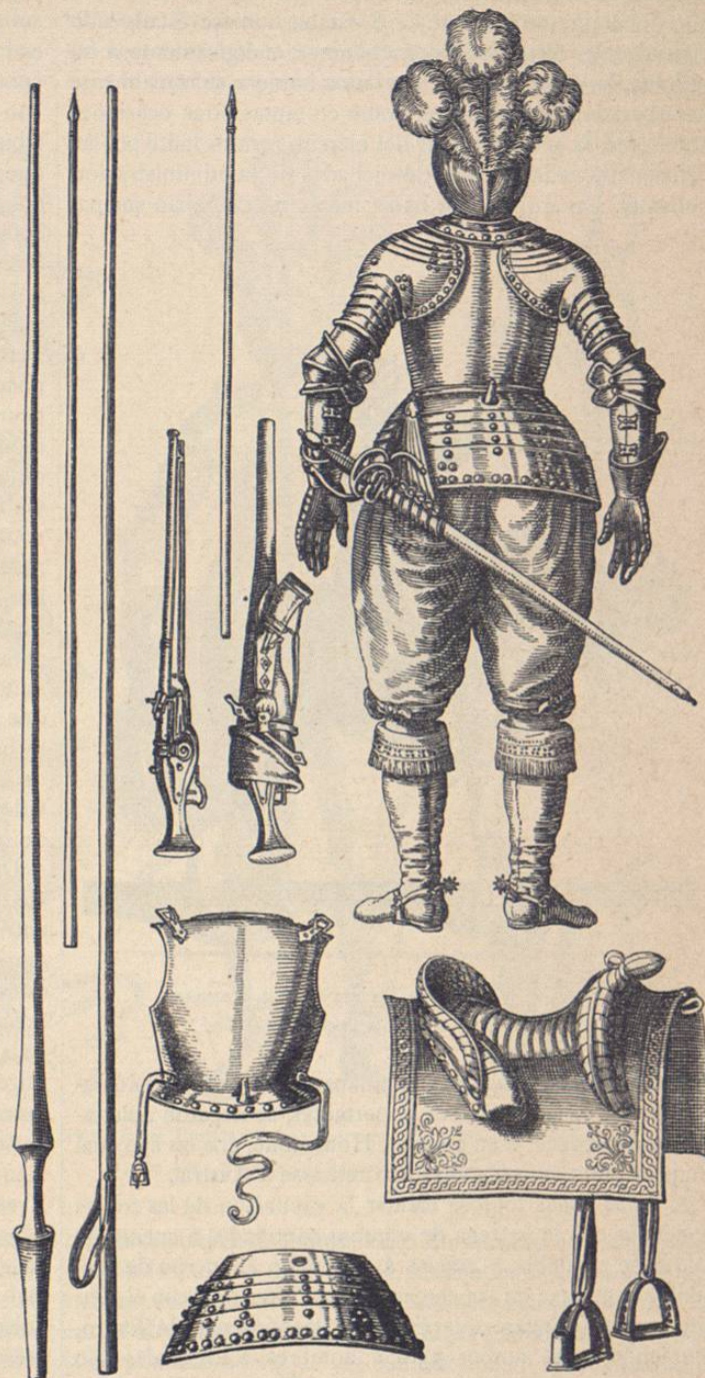
El jóven elector sintió nuevas vacilaciones, tanto mas cuanto que en una nueva conferencia con sus consejeros la mayoría de estos abogó porque aplazase la aceptacion definitiva de la corona mientras no recibiera noticias ciertas de Jacobo I de Inglaterra. Sin embargo, el príncipe Cristian, ayudado en sus instigaciones por la ambiciosa esposa del elector, consiguió al fin que este se decidiera á admitir el trono de Bohemia.

Poco despues el embajador que habia expedido á Londres, Cristóbal de Dohna, trájole la aterradora noticia de que Jacobo se habia expresado dura y resueltamente en contra de la aceptacion de la corona, y aun habia hecho mas, habia escrito á Felipe III de España, á quien se creía obligado á guardar las mayores consideraciones, asegurándole que era del todo inocente en lo que se referia al entronizamiento de su yerno. A pesar de que el proyecto de matrimonio por Jacobo acariciado fué demorado intencionadamente por parte de España, aquel monarca siguió viviendo con relacion al gabinete de Madrid en una dependencia casi indigna y de todos modos absolutamente contraria á los intereses del Imperio, sin hacer caso del Parlamento ni de la opinion pública de Inglaterra, que con rara unanimidad eran enemigos de la alianza española y partidarios del yerno de Jacobo á quien querían á todo trance ayudar. ¿No era natural que esta incomprensible actitud del rey de Inglaterra perjudicara en alto grado á la causa del conde palatino? Si el propio suegro se mostraba indiferente y aun hostil al entronizamiento de Federico, ¿quién habia de tener valor é interés en prestar su apoyo al nuevo rey de Bohemia? El duque de Saboya y los Estados generales estaban dispuestos, aunque por distintos motivos cada uno, á hacer los mayores sacrificios en pro de Federico V; pero ¿quién podrá censurarles porque declararan que su auxilio vendria despues que Jacobo I hiciera suya la causa de su yerno? En vano los consejeros de Estado ingleses instaron con insistencia á Jacobo para que se manifestara en favor de Federico; en vano le suplicaron este y su esposa, la propia hija del monarca inglés: Jacobo, con irritacion cada dia creciente, negóse en absoluto á apoyar eficazmente á su yerno, con lo cual este perdió las demás alianzas con que tan confiadamente habian contado los bohemios al elegirle soberano suyo.

Pero, tales como estaban las cosas, el jóven elector no podia volverse atrás; así es que al frente de un magnífico séquito compuesto de 569 personas y acompañado de su esposa y de su hijo encaminóse á Praga, en donde entró solemnemente el día 31 de octubre con toda la pompa y magnificencia propias de un monarca. El día 3 de noviembre celebróse la ceremonia de la coronacion en la catedral de aquella ciudad: un año despues, casi dia por dia, terminaba aquel efímero reinado.

Al principio todo parecia ir bien. Pocos dias antes de la coronacion de Federico ocurrió un hecho de capital impor-

tancia, que fué la adhesion de Hungría, donde se habian casi por completo calmado las tendencias contra los Habsburgos, al movimiento de los rebeldes bohemios. Esta evolucion, tan perjudicial á los intereses de Fernando, debíase al poderoso príncipe de Transilvania, Bethlen Gabor, que se



Tropas de la guerra de Treinta años: 2, lancero y detalles de su armadura
(De la obra *El arte de la guerra á caballo*)

habia puesto en relaciones con los protestantes húngaros, especialmente con Estanislao Thurzo, y de acuerdo con ellos habia hecho grandes aprestos militares pretextando que se preparaba contra los turcos. Ya en 18 de agosto habia notificado á los directores de Praga que en setiembre penetraria en Moravia; y en efecto, envió allí á su teniente general Redey al frente de 10.000 hombres, mientras él, protegido eficazmente por los protestantes húngaros, entraba victoriosamente en Hungría.

Con esto y con haber caído en octubre en poder de Bethlen Gabor la plaza de Pressburgo, encontróse nuevamente